

Enseñanza venezolana

Alfredo Acle Tomasini©

Si los discursos y comentarios de Chávez eran en ocasiones pintorescos, los de Maduro nos crean la impresión de que somos espectadores involuntarios de una parodia televisiva. Imposible pensar que él habla en serio cuando narra cómo el espíritu de Chávez, encarnado en un pajarito, lo observó primero con detenimiento y después revoloteó a su alrededor piando una especie de melodía, cuyos acordes memorizó de inmediato y reprodujo para así establecer un diálogo de viento con el ave bolivariana, cuyos alegres píos y vibrantes aleteos significaron, según él, la bendición del líder recién caído para que encarara la batalla electoral.

Tal fue el impacto que le causó el mentado pajarito que no tuvo empacho en ponerse, durante un mitin, un sombrero de paja deshilachado que asemejaba un nido y que estaba coronado por un ave. Tampoco tuvo remilgos para gritar a los cuatro vientos que es el hijo de Chávez -quizá el varón que nunca tuvo su mentor- ni para utilizar fotografías y símbolos asociados a su otrora comandante supremo, como si entre todos los venezolanos a él le correspondiera el papel de ser el médium que uniera el espíritu de Chávez con las masas que lo apoyaron y mantuvieron presidente durante trece años.

Maduro basó su estrategia electoral en una simbología atada al pasado que, como todo tiempo pretérito, es irremediable e irrepetible; ni él puede ser Chávez, ni existen las mismas circunstancias que llevaron y mantuvieron a éste en el poder. Continuar con un discurso maniqueo que simplifica a la oposición llamándola oligarquía, implica desconocer la obviedad de los resultados electorales porque, aun aceptando sin conceder que los comicios hubieran sido limpios, la mitad de los electores no votaron por él.

Dicen que después de las últimas elecciones donde compitió Chávez, Fidel Castro le hizo ver que los resultados electorales -más favorables que los obtenidos por Maduro- señalaban que una parte importante de los venezolanos, sin importar su origen y clase social, ya no suscribía el proyecto chavista; "Chico, que no puede haber tantos millones de oligarcas en tu país", quizá dijo el líder cubano.

No hay peor dictadura que aquella que se viste de democracia, porque el ciudadano no se enfrenta a un individuo en particular sino a una estructura institucional pervertida que tiene la facultad de legalizar lo ilegal interpretando la ley a la conveniencia del gobierno; antes de Chávez, ahora de Maduro. Así, la división de poderes y las instituciones se convierten en esperpentos, mientras que los derechos asociados a la justicia y a la democracia quedan en la orfandad porque en la práctica no hay nadie que los tutele.

Ante estas circunstancias los ciudadanos se perciben acorralados, y cuando éstos representan a la mitad de los electores, entonces queda puesta la mesa para una profunda y prolongada crisis política, lo cual ocurre en el peor momento posible para Venezuela porque el deterioro de su situación financiera hará cada vez más difícil continuar financiando las misiones chavistas que, al margen de su interés clientelar y los cuantiosos recursos que se riegan a lo largo del camino, sí han llevado bienes y servicios a personas que no tenían acceso a ellos y que al volverles a faltar lo resentirán, complicando aún más el escenario político.

Si el hecho de que la mitad de los electores no votaran por Maduro es un razón para cuestionar la viabilidad política del proyecto chavista, las tendencias negativas de la economía venezolana

-aunadas a un escenario mundial complicado- son razones para poner en duda su viabilidad económica.

Por ello evitar el despeñadero hace indispensable recontar los votos, como un primer paso que legitime al ganador y del cual puedan seguir otros que permitan alcanzar acuerdos para superar los tiempos difíciles que se avecinan. Empero, esto es una ilusión.

Una de las enseñanzas que deja el caso de Venezuela es que, cuando un presidente se ausente al inicio de su mandato, lo recomendable sería convocar a elecciones generales para que de nueva cuenta, y en un escenario político distinto, el pueblo tenga la opción de volver a votar por el jefe del Ejecutivo y por los legisladores.

Quizá esta opción hubiera modificado la composición del Congreso venezolano, lo que en estos momentos facilitaría alcanzar una solución política y crear un escenario menos adverso para el mandatario entrante -si éste fuera el opositor- porque, si para Capriles ya es difícil enfrentarse como candidato a una estructura de poder diseñada y tripulada para no perderlo nunca, más complicado se vislumbra su futuro como presidente con un Congreso y un Poder Judicial que, además de serle antagónicos, estarían confabulados para hacerle la vida imposible.

alfredo@acletomasini.com.mx

@AcleTomasini